

## LA VENGANZA

El caso es que Cobos acertó a burlar la vigilancia y se coló por una ventana mal cerrada de la casa del capitán. Encontró al oficial durmiendo en la cama y, ni corto ni perezoso, sacó la navaja y la afiló en el gaznate del hombre. Al tratar de salir metió algo de ruido, y por eso lo prendieron.

Más tarde, cuando en el juicio sumarísimo al que le sometieron le preguntaron si había matado o no al capitán Viñeta, Cobos respondió: ¡Sí que lo maté, por mi madre, y lo volvería a hacer de ser posible!”

Un pelotón al mando del teniente Rodríguez se lo llevó al bosque para fusilarlo entre árboles. “Di tu último deseo, rebelde”, le instó el oficial. Y fue en aquel momento que quería ser dramático que Cobos respondió eso, precisamente eso, ni más ni menos que eso.

Oído lo cual, el bigote retorcido de Rodríguez sufrió una suerte de colapso y se quedó tieso como un palo. Y encima tuvo que soportar las risas de sus hombres a sus espaldas. Los otros tipos a los que había fusilado se habían conformado con fumar un último cigarrillo o con un par de minutos para soltar sus oraciones. Y ahora aquel chulo rebelde le salía con ésas. Pero si creía que Rodríguez se iba a achicar, se engañaba. Rodríguez se lo tomó muy a pecho; a él no le arredaban las bravuconadas de un condenado a muerte. De modo que dijo a sus hombres: “Ahora me regreso. No me lo pierdan de vista.” Y a lomos de su bayo puso rumbo a la ciudad.

Allá estuvo deambulando por callejuelas sin nombre hasta dar con la Anselma, ramera que se tenía por tal y se jactaba de ello. Pero cuando le explicó el asunto, la zagala no quiso saber nada. Ni

hablar de acostarse con un rebelde. Que eso sí era pecado, que lo sabía de muy buena tinta, que se lo había dicho el párroco. Y luego estaba lo de las represalias.

Furibundo, Rodríguez empuñó unos billetes descoloridos, ofreciéndolos como cebo. ¿Hace? ¡Qué iba a hacer! La Anselma arguyó que antes se acostaría con el padre que la trujo que con un rebelde. ¡Hasta ahí podríamos llegar!

El teniente se alejó, despoticando contra todas las putas del mundo. Luego, en la plaza mayor, hizo correr la voz de que ofrecía una prima de su bolsillo a la hembra que tentara la aventura. A renglón seguido montó en el caballo y corrió a reunirse con sus hombres. “¿Lo tumbamos ya, mi teniente?”, le pregunto uno. ¡Aquí no se tumba a nadie hasta que acuda la moza!”, rugió Rodríguez, y se lió a fumar cigarrillos.

A un lado, acuciillado, vigilado, sentenciado a muerte, Cobos manejaba una sonrisa de desprecio en sus labios partidos. Morir se le daba una higa. ¿Qué podía retenerle a aquel puñetero mundo? No había pariente ni amigo ni mujer en su vida. Ni tan siquiera un perro que moviera la cola por él. Una mierda pinchada en un palo, eso era la vida. Se había cumplido su último deseo al cargarse al apuesto capitán. Lo de joder había sido un farol para encabronar al teniente, no un cálculo para prolongar una vida sin perspectivas. ¿A qué esperaban para matarlo?

Se pasó la noche y, para su sorpresa, Cobos amaneció vivo. Los soldados se desperezaban a su alrededor y Rodríguez consumía montañas de cigarrillos. Todavía se escuchaba alguna risita aislada. Todavía se escuchó hasta que se presentó la mujer a lomos de una jaca pinta.

Tan hermosa era que más tarde los soldados creyeron haberla soñado. Uno de ellos deseó en secreto y por un momento la suerte del prisionero. El teniente fue al encuentro de la dama sacando punta a las guías del bigote. “Vengo por la prima”, explicó la belleza. Y añadió: “Diga a sus hombres que se retiren un poco, teniente, que no va a ser un número de circo.”

Rodríguez carraspeó y con voz bronca ordenó una ligera retirada, advirtiendo a los soldados que por si acaso no les quitaran ojo de encima. Orden superflua, pues ellos ya habían tramado para sus adentros no perderles de vista.

Y así, de pronto, Cobos se encontró a solas con la desconocida. Es la muerte, acertó a pensar. No, se corrigió al punto. Tan bella, sólo puede ser la vida. Le acometió un escalofrío, a él, que nunca antes supo de estremecimientos. Miró aquellos ojos en busca de una explicación, sin encontrar ni los ojos ni la explicación.

Preguntas se atropellaron en su boca, enredándose unas con otras, sin decidirse a salir. Pero, al fin y al cabo, ¿qué importaban las preguntas? Allí estaba ella, ¿no?, entregándose, y él, ¿no?, aceptando la entrega. ¿Quién es el guapo que le dice que no a un dulce con tanta hiel como trae la vida?

Y entonces, pues eso: labios que buscan labios, enredo de dos alientos, cuerpos gravitando el uno hacia el otro, las dos caras de un mismo deseo, confundidos y confundiendo un ratito con un para siempre, un tú y yo con el mundo entero.

Y de sopetón Cobos vuelve a estremecerse y se dice que esos labios no le besan en balde. Se da cuenta, aunque oscuramente, de que la prima es lo de menos, pero de que la entrega es de verdad. Sabe en ese supremo instante de dicha que su vida anterior fue nada, que no cuentan las caricias de antes, que nunca estuvo en

otros brazos, que no hay más mujer que aquella sin nombre. Y se pregunta, trémula flor deshojada, ¿me quiere? ¿no me quiere? ¡Dios santo, aquella mujer le quiere de verdad!

Luego, ¿tan pronto?, los pasos impacientes del teniente. La separación. ¿Tan pronto? Y al separarse él la mira con todas sus fuerzas y es una mirada que tiene algo de puente que conduce a otros horizontes.

Una risita se escapa de detrás de un arbusto. Rodríguez carraspea, saboreando un no sé qué de amargo, algo así como una mezcla de rabia e impaciencia. ¡Ya está bien! ¡Se acabó el espectáculo!

Cobos, que añoraba morir en brazos de la desconocida, advierte de repente que no es eso, que no desea morir en esos brazos, sino vivir en ellos. La muerte ya no le interesa. Cuando creía haber saciado su apetito, he aquí que encuentra en su interior un nuevo apetito que lo arrasa todo. ¡Me quiere!

Pero Rodríguez aparta a la moza, ansioso por concluir. ¡No, no quiero morir!, grita Cobos. ¡Ahora no! Se debate contra los soldados que se le echan encima. ¡Soltadme, cabrones! Tanta vida le sale de dentro, que tienen que sujetarlo entre todos. Después, tras ímprobos esfuerzos, lo amarran a un árbol.

Cobos mira a la desconocida como si la conociera, como no había mirado antes a nadie: con desesperación. ¡Me quiere!, ruge el reo, recordando lo poco que le han querido.

A una orden de Rodríguez, ocho fusiles se ponen de acuerdo para echarle mal de ojo. ¡Noooooooo!, se desgañita el condenado, en un último y vano esfuerzo por enternecer a sus verdugos. ¡No, por favor! ¡Fuego!, brama el teniente bigotudo y las armas obedecen.

Así muere Cobos, con una primavera de ocho flores rojas reventándole en el pecho.

Rodríguez suspira. La espera, la porfía de última hora y tanto cigarrillo le han embrutecido. Pero es un hombre de palabra, y así, echa mano al bolsillo y empuña cierta cantidad de billetes que tiende a la beldad, pero ésta niega con la cabeza y dice, con lágrimas en los ojos: ¡Anden a comprarle flores al difunto!

Rodríguez se encoge de hombros y guarda la plata, y cuando ella se dispone a montar la jaca, pregunta por preguntar: ¿Y de parte de quién, buena moza? Y la voz que ya se va, que ya se iba, que ya se fue, responde: De la viuda del capitán.

E. S. Abulí